

Que sea éste el terreno donde caiga y brote la simiente de la verdad y que la cosecha sea abundante.

Que sea éste un campo de lucha pacífica y de labor fecunda, donde se combata con las armas del trabajo y circule vigorosa la savia de la vida mejorando la condición de todos.

Que vengan aquí los políticos, los economistas, los comerciantes, los industriales, los escritores y los intrigantes que buscan el bienestar entre nosotros, á respirar una atmósfera sana en el orden de las ideas y de los hechos como es sano el aire que aquí se respira purificado por sus hermosas arboledas. (Aplausos.)

¡Honor y felicidad á Chivilcoy!

Diría una mentira y dirigiría un cumplimiento grosero si le dijera á Chivilcoy que es grande en lo presente. Es una promesa halagüeña, es un terreno bien preparado, es el bosquejo de un gran pueblo, es lo que se llama una sociedad culta, rica y feliz y esto debe alentarle en la tarea. Lleva en sí los gérmenes de la grandeza futura: tiene el amor del trabajo, máquinas perfeccionadas, la planta de una magnífica ciudad, el aliento progresista, el espíritu municipal, el santo amor de la patria común, el anhelo por la educación pública, la ganadería y la agricultura hermanadas, la unión de su vecindario, y tiene hombres enérgicos y trabajadores animados del aliento viril de los robustos peones del progreso humano. ¡Dios sea con ellos y con su pueblo! ¡Mientras tanto, brindemos á la grandeza futura de Chivilcoy! ¡A su grandeza moral en lo presente! (Triples y prolongados aplausos. Vivas.)

XLI
AL COMERCIO

Febrero 21 de 1869.

Señores:

Al retribuir el brindis con que he sido honrado á la par de mis compañeros en el gobierno, es un deber de gratitud y cortesía brindar á mi vez en honor del comercio de Buenos Aires, que nos hace objeto de esta generosa manifestación. Pero esto no es para mí un simple deber de cortesía (siéndolo siempre de gratitud), es sobre todo la expresión sincera de mis convicciones y un voto espontáneo de mi corazón.

Hijo de un pueblo que todo lo debe al comercio, y que funda en él la prosperidad del presente y la grandeza del futuro, es natural que mis simpatías le pertenezcan y que mi razón esté á su servicio.

La República Argentina, señores, es la única nación sudamericana que no ha sido poblada por el aliciente de los metales preciosos, la única que no ha debido su formación, su desarrollo y su prosperidad gradual á esa magia del oro y de la plata encerrada en su seno, que atrajo hacia las playas americanas la inmigración europea desde el descubrimiento del Nuevo Mundo. Méjico con sus ricas minas, el Perú con sus montones de oro, Chile con su plata, el Brasil con su oro y pedrerías, las perlas de las Antillas y Tierra Firme, las esmeraldas y los ópalos de Centro América, y más ó menos todas las demás comarcas cuyos nombres se leen en el mapa de este continente, debieron su fomento y su origen á este género de riquezas de que nosotros carecíamos. Por mucho tiempo su riqueza

fué medida por sus montones de oro, plata y piedras preciosas que hacía resaltar nuestra pobreza, mientras que hoy esos montones de brillantes son escoria de hornallas apagadas en comparación de las riquezas que el comercio y la industria ha creado y que ya el oro no puede medir por sí sólo.

Nosotros los desheredados de esta lluvia de oro, no teníamos ni aun las ricas producciones de los trópicos que convidaban á los nuevos pobladores con pingües ganancias. Llanuras cubiertas de malezas, encerradas entre montañas estériles, ríos sin piedra y terrenos caóticos que la limitaban, la colonización del Río de la Plata es un fenómeno digno de llamar la atención, porque es la única de la época del descubrimiento que en Sud América haya nacido y crecido pidiendo á la tierra únicamente el pan de cada día por medio del trabajo productor; la única que nació y creció en medio del hambre y de la miseria, no obstante de que al nacer fué bautizada con un nombre que sólo el porvenir debía justificar. El nombre del Río de la Plata fué una promesa brillante que el comercio se ha encargado de realizar.

Esta pobre colonia salvada por el trabajo después de proveer á las más primeras necesidades de la vida, estaba condenada á vegetar en la obscuridad y la miseria, y á perecer probablemente, si el comercio no hubiese venido á inocularle ese aliento de vida inmortal que aumenta la robustez de las sociedades á medida que el tiempo pasa. Pero el desarrollo del comercio era imposible, dadas las leyes restrictivas que eran la base del sistema colonial de la madre patria. Cerrados sus puertos, estancados sus frutos, condenada á proveerse de los artefactos europeos atravesando por tierra toda la América Meridional, nuestro sistema comercial era una violación de todas las leyes naturales, un desperdicio lamentable de fuerzas en que se gastaba la vida sin aumentar el capital social, era un orden de cosas en que al fin la colonia debía sucumbir estérilmente.

El comercio la salvó de la muerte y le infundió nueva

vida, y cosa singular, las hostilidades que se dirigían contra la colonia para herir en ella la madre patria, fueron las que más directamente contribuyeron á restablecer el equilibrio de la ley económica, lanzando las producciones por los caminos trazados por la mano del Creador. Los muros de la Colonia del Sacramento, levantados para servir de protección al contrabando, sirvieron de asilo al comercio; allí se fortificó, allí enarboló su bandera y sostuvo el sitio contra el monopolio, hasta que al fin el comercio lanzado por sus caminos naturales llegó á ser una función moral para estos países, que no podía suspenderse sin comprometer su misma vida.

Los contrabandistas del mundo entero y las expediciones comerciales y militares de la Inglaterra al principio de este siglo, contribuyeron á derribar las últimas barreras del monopolio, hasta que vino la revolución y dió al comercio universal su carta de ciudadanía.

Bajo los auspicios de este noble origen, los hijos de esta tierra, así como todos los comerciantes que se hallan aquí presentes, cualquiera que sea el país del mundo en que nacieron, deben reconocerse como hijos de una misma madre fecunda y generosa. (Movimiento de aprobación.) Sea que pertenezcan á la viril raza anglosajona que ha dilatado la esfera de la actividad humana, sea que vengan de las regiones que los fenicios recorrieron inspirados por el genio del comercio, ya estén poseídos del espíritu mercantil de aquellas repúblicas italianas de la Edad Media, que descendan de los industriosos flamencos ó hayan levantado estatuas á un salador de arenques, llámense britanos, belgas, franceses, italianos, holandeses, alemanes, españoles, lusitanos, ó se hallen comprendidos bajo el nombre común de americanos, todos debemos reconocernos como hermanos. (Grandes aplausos.)

Y no sólo debemos reconocernos como hermanos por el común origen y por haber sido todos alimentados por el mismo seno maternal, sino porque también todos profesamos la religión del deber bajo los auspicios de la austera y santa ley del trabajo común y solidario. (Aplausos.)

El comercio es un trabajo y un trabajo fecundo, que civiliza, enriquece y mejora la condición humana, participando del doble carácter de poder material y de grandeza moral que lo hace digno de admiración y respeto; y por eso he dicho antes que iba á hablar con mi razón y con mis convicciones.

Por eso me inclino ante el comercio, no por sus innumerables naves mercantes que pueblan los mares del orbe, no por el valor de sus mercaderías, ni por el poder de sus capitales, ni por la multiplicidad de sus transacciones, ni por el influjo real que tiene en el orden físico y político, sino por su influencia eficaz en el progreso humano, por su acción directa sobre el hombre considerado como ser moral, y más que todo por el equilibrio que mantiene y las armonías que produce entre el mundo físico y el mundo moral. (Atención.)

El comercio es preconizado por unos y difamado por otros.

Es preconizado por aquello que tiene de más visible y vulgar, que es su influencia directa sobre la producción y la riqueza y sus resultados inmediatos sobre el bienestar de las sociedades y de los individuos; pero no todos se elevan á la ley superior que preside á su desarrollo, y á su acción latente, constante y poderosa sobre las conciencias.

Es estigmatizado como una condenación del egoísmo por sectarios de la moral que se creen espiritualistas porque hablan en nombre de una generosidad mal entendida, al mismo tiempo que incurren en las aberraciones del más grosero materialismo. Para ellos el arte de comprar y vender es contrario á la ley de la caridad, sin acordarse de las severas palabras del Apóstol del Evangelio que hacía indigno del pan al que no trabajaba; y el bello ideal es para ellos la vida gratuita en el goce común de las riquezas adquiridas por otros.

Lo que más asombro causa y más atrae la atención de todos es lo que llamaremos la potencia mecánica, del comercio, que remueve pesos, que equilibra masas, dirige fuerzas y hace funcionar máquinas complicadas de produc-

ción ó de crédito. Lo que más cautiva la atención del pensador, cuando medita sobre los fenómenos trascendentales del comercio es su función elemental, la que puede llamarse el principio generador de todo su mecanismo, es decir la compra y la venta de las cosas. Precisamente el comercio es grande y noble porque es el arte ó la ciencia de comprar y vender, porque la compra y la venta es la evolución lógica y natural para producir riqueza, elaborar capital, aumentar la capacidad productiva del hombre, aumentando á la vez los goces intelectuales y morales, haciéndolo responsable ante las leyes de la creación y los fines para que lo destinó el Creador. Si las cosas no se comprasen y vendiesen, el hombre yacería en el aislamiento y la miseria y en la más deplorable abyección moral. Si los objetos no tuviesen valor venal, los cambios de los productos de la Naturaleza serían estériles para producir el fenómeno de la capitalización, que es el fin del comercio.

En efecto, señores, no se puede crear riqueza sino arrobándole á la Naturaleza para ponerla al servicio del hombre, enriqueciéndolo á la vez; no se puede elaborar capital sino obrando sobre los elementos de la riqueza conquistada; y como no se adquiere riqueza y capital sino por el trabajo y el ahorro, como no se puede conservar la una y fecundar el otro sino por transformaciones sucesivas que hacen experimentar los cambios. Sin la compra y sin la venta, no se tendría nada durable, se consumiría todo lo creado y volveríamos á ser los esclavos de la desnudez y de la miseria de que fuimos redimidos por el trabajo. Sobre todo se paralizaría la acción activa y fecundante del capital circulante que es la gran palanca que maneja el comercio, y á que la compra y la venta da impulso, perpetuando y agrandando la rica herencia que se transmite de generación en generación, y á que está incorporado el trabajo y el sudor de los que nos han precedido en la tarea, por lo cual se transmite no á título de don gratuito, sino á condición de perseverar en la fatiga. (Aplausos.)

Sólo los que desmayan en la varonil tarea de la vida, sólo los que no tienen energía ni capacidad para producir,

sólo los que esperan del esfuerzo ajeno lo que no pueden alcanzar por sí mismos, son los que pregonan la cobarde y vergonzosa teoría de los goces gratuitos no conquistados con el sudor de su frente. (Muy bien.)

Sería verdaderamente una calamidad y una ruina para la humanidad, si las cosas no se comprasen y se vendiesen y si todo se diese de balde. Todos tendríamos un banquete diario tan espléndido como éste; los vinos generosos manarían de las copas y la humanidad engalanada y coronada de flores se entregaría á las delicias de una fiesta tan brillante como pasajera. ¿Qué sucedería después? Siendo la riqueza y el capital un resultado de trabajo acumulado por muchas generaciones, el día, en que no fuese gratuito, se empezaría á consumir el capital creado sin reponerlo por nuevo trabajo y nueva elaboración, sin atesorar por medio del ahorro, y hasta que consumido todo el capital creado y acumulado, la fuente de la vida se agotase, el movimiento se paralizase y el hombre tornase á ser aquella especie de bestia del estado primitivo que fué civilizado por la división del trabajo, aquel esclavo de la naturaleza bruta que fué redimido por el capital acumulado, aquel ser vegetativo y sin valor alguno moral y material que merced á los dotes que debe á la labor no interrumpida, hoy domina la creación y se gobierna á sí mismo tan sólo porque compra y vende, es decir, porque tiene un valor intrínseco y porque da valor á las cosas, y con ellas crea y alimenta el capital social que es el principio de vida en la economía del género humano, como el capital circulante es su sangre. (Aplausos.)

Los hijos legítimos del trabajo podemos romper con mano tranquila y la conciencia serena el pan de cada día en el banquete de la vida, penetrados de que obramos el bien y profesamos una doctrina sana y moral á la vez que digna de las almas fuertes, cuando elevamos el trabajo solidario sobre la holgazanería, y cuando abogamos en favor del mayor valor que el sudor y la inteligencia humana incorpora á los objetos que elabora y á la labor á que preside, cualquiera que sea su naturaleza.

Puede decirse que moralmente somos dos grandes convidados los que estamos representados en esta mesa: el comercio y la política. Por una parte los trabajadores de un período dado en la política según la ley de renovación de la democracia, es decir, los gobernantes, los administradores, los legisladores, los elegidos por el pueblo para presidir á la labor de una época, y á la par de ellos los soldados que han combatido en primera fila con la espada en pro de nuestros principios. Por otra parte los jornaleros de todos los días, los que trabajando para sí, trabajan para todos acrecentando la riqueza pública, los comerciantes que vienen á saludarnos al término de nuestra fatigosa jornada y nos brindan con la copa del festín, confundándose en un solo sentimiento, así los trabajadores del bufete como los trabajadores del escritorio, á la par de los trabajadores del campo de batalla. (Aplausos.)

Todos hemos sido trabajadores al servicio de la buena causa, y en las luchas contemporáneas en que todos hemos sido actores, se ha hecho sentir no sólo la acción eficiente del gobierno á la par de la acción poderosa del capital, sino también la acción irresistible y benéfica de los principios profesados por unos y proclamados por otros, y practicados por todos en el nombre y en el interés de la libertad y la justicia.

En la guerra del Paraguay que ha terminado ya, ó puede darse por terminada, ha triunfado no sólo la República Argentina en su capacidad política de nación, no sólo la triple alianza en reivindicación de sus derechos, sino también los grandes principios del libre cambio, que son los que vivifican el comercio. Para el comercio se han derribado también las fortalezas que amenazaban las costas; para él también se han roto las cadenas que obstruían el Río Paraguay; para él y por él también se ha conquistado la franca navegación de los ríos superiores; la libertad de comercio y la derrota del monopolio y la explotación de los pueblos por sus tiranos; como para él también se ha conquistado la paz presente y futura de estas regiones entre sí, dando mayores garantías al desarrollo del tra-

bajo, que hoy puede contar con el tiempo y el espacio para ejercitar su acción.

En todas partes el trabajo representado por el comercio tiene que vencer resistencias y tiene que luchar valerosamente entre los combatientes de primera fila: pero entre nosotros sucede esto con mayor frecuencia, porque estamos todavía en el período del experimento y del desarrollo. Por eso, además de la corona de oliva que simboliza sus pacíficos triunfos, tiene también aquí su corona de laurel por los triunfos que en su nombre, en su interés y por su acción más ó menos directa se ha conseguido por otros con las armas de la civilización á costa de fatigas, peligros y sangre generosamente derramada.

Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña á recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscriptos en sus banderas victoriosas los grandes principios que los apóstoles del libre cambio han proclamado para mayor gloria y mayor felicidad de los hombres, porque también esos principios han triunfado. (Aplausos.)

Por eso brindo por la grandeza moral y material del comercio, por sus triunfos fecundos y pacíficos, por las conquistas hechas por las armas de la civilización en su interés y en su nombre, y como representante de sus principios por el distinguido comercio de Buenos Aires en particular, y el comercio argentino en general, acreedor á la doble corona que reverdece cada día regado por el sudor fecundante de los trabajadores. (¡ Vivas! ¡ Hurras! Aplausos prolongados.)

XLII

EN EL ASILO DE INVÁLIDOS AL COLOCAR SU PIEDRA FUNDAMENTAL

Mayo de 1869.

Señores:—Antes de enterrar esta piedra en los cimientos del edificio que vamos á fundar, levantémosla en alto para que el pueblo la salude y Dios la bendiga, y para que hable algún día á las generaciones venideras que la desentierren con la elocuencia del sentimiento que la colocó aquí.

Ahora la establezco con mano firme, como base de este movimiento que la gratitud pública erige en honor del sacrificio generoso, del valor desgraciado y de la virtud cívica orlada con la doble corona del heroísmo y del martirio.

Hecho esto, pidamos que estos muros se levanten más altos que nuestras habitaciones, más altos que nuestras torres, y nuestras pirámides, para que en cada día que luzca sean coronados los primeros por esa aureola de fuego que baja del cielo como símbolo de gloria perenne.

Pidamos que el Sol de Mayo al brillar en cada año en el horizonte de nuestra patria, dore con luces inmortales los nombres de los mártires que van á habitar bajo esta bóveda.

Que nuestra grande y desgraciada patria, grande por sus trabajos, y desgraciada por tanta sangre como en su honor se ha derramado, recoja el fruto de tantos y tan nobles sacrificios, alcanzando días felices en que no necesite para defenderse sino la presencia de los viejos inválidos mutilados, agrupados al pie de su vieja bandera.

¡ Que el Cielo derrame sus santas bendiciones sobre la obra y los trabajadores, y sobre las cabezas laureadas de los que vengan á habitar este recinto, bajo los auspicios del heroísmo y de la gratitud pública!